LA

TIA JUANA.

LA
TIA JUANA.

POR CH. DESLYS.

Traduccion de M. C. Ytuarte.

EDICION DEL BOLETIN DE NOTICIAS.

MEXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO

Calle de los Rebeldes núm. 2.

1861.

Entre nosotros el soldado puede ser general; gran industrial el simple obrero.

(El príncipe Napoleon.—*Discurso pronunciado en la esposicion universal de* 1855.)

I.

En la época en que el nacimiento era el primero de todos los méritos, se despreciaba casi al que no debia su fortuna ó su posicion social mas que á sí mismo.

—¡Es un advenedizo, deciase!

Y luego se sonreia con desden.

Hoy, que el porvenir está libremente abierto á todo el mundo, creo que es tiempo de que

esa estravagancia se convierta en una gloria. Además, en el siglo diez y nueve ya no se medra.... se alcanza.

Y debe ser un gran consuelo para todos aquellos que no han sido favorecidos por los caprichos de la suerte; un gérmen inagotable de estímulo y de esperanza para todos los humildes, para todos los pobres, poder decirse:

—Nada soy, nada poseo; pero mi hijo puede algun dia llegar á ser algo. Entre esos millonarios que veo figurar en torno de mi medianía, conozco á mas de uno que comenzó por un miserable sueldo: entre todos esos propietarios de lujosos carruages que me salpican de barro, puedo contar por docenas los que hace veinte años no tenian mas que un par de zuecos: ese ministro aprendió á leer en la escuela gratuita de su aldea: aquel rico fabricante fué en un principio simple obrero: aquel mariscal de Francia hizo su *début* con las charreteras de lana. Todos esos príncipes del siglo, ¿qué han necesitado para alcanzar su posicion? La inteligencia, que solo Dios concede, el valor, el trabajo, la voluntad.

¡Oh! Dios es bueno; pero la sociedad no es

tan mala como se pretende hacer creer. A falta de la felicidad para todos, permite al menos á cada padre que conciba ilusiones acerca de sus hijos; esto ya es mucho. ¡Pobres madres de las bohardillas y de las cabañas, lo mismo en un palacio que en un primer piso, nada hay que no podais imaginar para la dulce criatura que arrullais en vuestro regazo, y que bebe la vida sonriendo al porvenir! ¡Ese rubio querubin tal vez será rico! Será general, obispo, primer ministro, grande artista.... ¿Qué sé yo? ¡Tal vez la civilizacion le adelantará algunos bellos y dorados dias aquí abajo, á cuenta de los que proporciona el paraiso que para vosotras solo existe en el cielo!

¡Ah! no eran tales las convicciones de la tia Juana, nuestra heroina; no eran tales, sobre todo, sus pensamientos, durante la triste y helada noche de Diciembre en que comienza esta sencilla narracion.

Sin embargo, la tia Juana acababa de llegar de Paris.... Su cualidad de nodriza la habia llevado allí momentáneamente. Durante una semana habia habitado bajo el techo de la rica familia á cuyo hijo nutria á la sazon. La ca-

sus hermanos mayores..... siempre á la desgracia.....!

Es preciso convenir en que la infeliz muger era en algun modo escusable al razonar de aquella suerte, y en que su pasado no habia sido por cierto de tal naturaleza que la hiciese augurar favorablemente del porvenir. Muy jóven aún se habia desposado con un guapo mozo de su pueblo, jornalero laborioso y honrado marido. La humilde choza vió en esa época algunos dias prósperos, porque el amor es como el sol, y todas las primaveras se asemejan!

Pero vinieron los hijos; el pan estaba caro, y el marido era solo para ganarlo: necesitaba para tres, luego para cuatro, despues para cinco, y así sucesivamente. Yo no responderé del número con esactitud, pero el panadero de la aldea podria decíroslo.

Mas tarde, cuando los últimos polluelos empezaban á poder volar fuera del nido, el viento de la muerte habia ya sacudido la rama repetidas veces. Durante los crudos inviernos se encendia el fuego de la chimenea con bastantes cunitas vacías!..... Pobre madre!..... Pobre

padre!.... Fué en verdad una burla de la suerte hacerlos gastar en tantos panes, solo para poblar el cementerio de ataudes mas ó menos grandes!

De todos los hijos de Juana vivian sin embargo dos. Cuando el mayor hubo cumplido veinte años, la conscripcion lo llevó bien lejos. Francisco partió llorando.—Me matarán,—habia dicho el jóven;—estoy seguro de ello.... Yo no soy valiente.... no he nacido para soldado....

Mas adelante verémos lo que aconteció á este respecto.

Santiago, el hermano de Francisco, habia abandonado el pueblo tan pronto como hizo su primera comunion, lo cual verificó muy religiosamente. Habíase presentado la ocasion de colocarlo gratuitamente en un taller de Paris, y el padre habia aceptado con apresuramiento. Juana vacilaba todavía.... ¿Cómo dejar partir al hijo único que le quedaba? Pero de súbito sintió moverse algo en su seno. Por la última vez iba á ser madre.

Aquel descubrimiento le causó una alegría loca, que bien pronto la rejuveneció. Las po-

cas arrugas impresas ya en su rostro, se borraron como por encanto, y volviéronle los colores con mas frescura que nunca. Sus grandes ojos negros y su sonrisa fueron otra vez los ojos y la sonrisa de veinte años: la abundancia y sanidad de su leche causó celos á todas las jóvenes nodrizas que acababan de casarse el año anterior; y de consiguiente encontró con facilidad un niño á quien amamantar y cuyos padres eran ricos y generosos. El bienestar y la dicha reinaron, pues, en la cabaña, que gozó tambien, al decir de la aldea, su veranillo de San Martin.

Pero ¡ay! unas cuantas semanas despues el marido de Juana cayó de lo alto de un andamio, y no volvió á entrar á su morada la tarde de ese funesto accidente, sino para exhalar en ella el último suspiro.

Decididamente estaba escrito que Juana no seria nunca dichosa por largo tiempo! El dia anterior apenas, á pesar de todas sus pasadas miserias, la llamaban la jovial Juana; en lo sucesivo fué Juana la taciturna.

En estos momentos sobre todo, en que sus miradas urañas pasaban alternativamente de la

una á la otra cuna, habia en ellas algo de espantoso, de fatal. Acurrucada sobre un banquillo, los codos sobre la rodillas, la barba entre las manos, la frente ceñuda, la mirada llena de envidia, continuaba murmurando con su amargo acento:

—Mi hijo será pobre.... y el otro será rico....

Despertando á un mismo tiempo los dos niños, comenzaron á llorar.

La nodriza se enderezó lentamente, fué á tomarlos en sus brazos, y les dió de mamar á la vez.

En un principio cumplió maquinálmente con este deber habitual: sus miradas, errando en torno de las vigas ahumadas del techo, que oscurecia aun mas la proximidad de la noche, parecian continuar su pensamiento.

En seguida, de pronto y por casualidad, se bajaron sobre las dos pequeñas y rubias cabezas, que se removian caprichosamente hácia atras para sonreirle.

—¡Cómo se parecen!—murmuró Juana con una espresion singular.

E inclinándose sobre ellos, los contempló largo rato.

En el esterior soplaba el viento furiosamente en torno de la miserable cabaña, contra la cual parecia encarnizarse particularmente: destrozaba con sus fuertes ráfagas el techo de bálago; hacia azotar con violencia las hojas de la ventana, y bambolear incesantemente la puerta; rugia, silbaba, penetraba por todas partes.... aquello era una verdadera tormenta de invierno.

En el interior todo era frio y triste: la oscuridad empezaba á invadir la pieza baja, dándole un aspecto mas miserable aún. Unos cuantos rayos postreros de pálida luz penetraban apenas por las junturas de la estrecha ventana, á la que se habia acercado Juana para ver mejor.

En efecto, la semejanza entre los dos lactantes era sorprendente. El ojo mismo de una madre hubiera podido equivocarse.

—Si me atreviese, sin embargo?.... prosiguió Juana. Si yo quisiera?.... El que vendrán á buscar mañana, el que marchará á Paris, el que se llamará Arturo Durantais.... ese será rico.... ese será feliz!

A esta sazon dejóse oir repentinamente la voz de uno de los niños.... la voz bien conocida del pequeño Bernardo.

—Hijo mio! gritó Juana por un natural impulso del corazon. Separarme de mi hijo.... dejar de ser su madre.... Oh! no .... nunca!

Y para huir del indigno pensamiento que atormentaba su espíritu; para arrancarse de la contemplacion tentadora de aquellos dos rostros sonrosados, tan maravillosamente parecidos, Juana corrió á sentarse bajo la campana de la chimenea.

El fuego estaba casi apagado, la oscuridad era completa. Pero la infeliz muger contaba sin la tenaz persistencia de ciertas tentaciones, sin el encarnizamiento de ciertas debilidades que nos vienen sin duda del infierno .... Aquel dia, sobre todo, no se podria dudarlo; era el viérnes antes de Navidad! .... La noche, que se iba acercando, pasa en aquel país por pertenecer á los espíritus malignos: se la llama la Noche del diablo.

De consiguiente, Juana no logró disfrutar mas que de una tranquilidad momentánea: la influencia maléfica no tardó mucho en desper-

tarse en ella otra vez: el fuego volvió á encenderse por sí mismo, como para iluminar nuevamente á los dos niños; pero traidoramente, poco á poco, con fantásticos y sutiles fulgores, como un verdadero fuego infernal, en fin.

Oh! pobres rubitos, que en aquel instante recibíais tranquilamente vuestro alimento..... inocentes criaturas, no sospechábais siquiera que todo vuestro porvenir se jugaba en esos momentos en el cerebro de vuestra nodriza, y que la fortuna, cirniéndose alternativamente sobre cada uno de vosotros, volvíase no menos efímera que las fugaces chispas que Satanás soplaba en el hogar.

Primeramente Arturo Durantais habia sido el rico: ese era su derecho, y Juana no lo negaba: el grito del pequeño Bernardo acababa de devolverle la rectitud. Dios mio! Sin duda el ángel bueno de la cabaña le habia hecho prorumpir en ese grito, pellizcando con sus dedos invisibles la oreja del niño, á fin de conmover el corazon de la madre!

Pero el diablo no hizo mas que reirse, y prosiguió la lucha. Sometida á sus tenaces instigaciones, Juana volvió á decir para sí:

—Qué egoista soy! No pienso sino en mi propia satisfaccion..... Qué le importa á él que yo sea su madre?..... Tendrá otra..... que será rica..... y hará de él un caballero! Oh! querido Bernardo mio, tú serás, pues, uno de esos bellos jóvenes que he visto en Paris! Vivirás en el lujo y los placeres, podrás aspirar á todo, porque tendrás oro..... mucho oro..... y el oro es un talisman!..... Nunca sabrás que has visto la luz en una cabaña; y mas tarde, tus hijos, mis nietecitos, nacerán en un palacio!..... No por eso nos separarémos..... Oh! no..... jamas! Una nodriza, cuando lo quiere de veras, puede hacerse admitir en la casa en que se educa el que ha alimentado con sus pechos..... se hace una criada..... bah! qué importa, si en el fondo del corazon se guarda el secreto del nacimiento del amo bien amado que nos manda; si paso á paso podemos seguirlo en la fortuna que es obra nuestra; si á cada instante del dia nos repetimos muy bajito, pero con orgullo: "Es mi hijo!"

Despues, mas y mas complacida en su delirio, la tia Juana prosiguió:

—En cuanto al otro..... Y bien, qué! Lo

conservaré á mi lado como si fuera mio..... lo educaré con tanto afecto, como si fuera su madre..... Será lo que habria sido Bernardo?..... Será Bernardo? ..... Por qué no? Nadie sospechará la verdad! ..... No se necesita mas que cambiarlos de cuna..... esto es bien fácil..... Se parecen tanto estos dos niños! ..... Oh! buen Dios, cómo se parecen! .....

La llama acababa de iluminar una última vez los dos rostros, pero al mismo tiempo alumbró el crucifijo que estaba colocado no lejos del hogar, lo cual sin duda alguna ignoraba maese Satanás.

A esta vista, sintióse Juana súbitamente reanimada hácia el bien; desvanecióse en ella la tentacion del mal, y enderezándose con aire triunfante, esclamó:

—Eso seria un crímen! ..... No, no lo cometeré!

Y para no recaer, para no ver mas á los niños, aprovechóse de la disposicion en que estaban de volver á dormirse, y fué á acostarlos en sus respectivas cunas.

Ay! qué diferentes eran éstas! La primera, la de Bernardo, era solamente una especie de

cesta de mimbres, que cubria apenas una vieja cortina hecha girones. El otro niño al contrario.... el parisiense.... el estraño.... se rebullia muellemente en el fondo de una elegante cuna de acayoiba, rodeada por todos lados de espesas telas acolchadas, cachemira color de rosa por fuera, y raso blanco por dentro. Qué bien abrigado iba á estar en aquella noche, en aquella terrible noche de Diciembre!.... Bernardo tendrá frio...., mucho frio...., pero ¿no era esa una de las mil consecuencias de su pobreza?.... No era casi de desear que se habituara desde la edad primera al sufrimiento?....

Y al decirse esto mismo la tia Juana, pero sin conciencia de lo que hacia, acababa de poner á Arturo en la cuna de Bernardo, y á éste en la de aquel. Apercibióse de ello repentinamente; pero no tuvo valor desde luego de enmendar su error.... Estaba su hijo tan encantador de aquel modo! le iba tan bien el lujo!.... Además, no era aquella una señal de la voluntad de Dios?.... No.... oh!.... no.... era mas bien una nueva astucia del demonio.

Apresuróse, pues, Juana á reparar su yerro. Luego, despues de haber vuelto á cubrir á los

dos niños, se lanzó bruscamente á la puerta, la abrió, y no volvió á dirigir su vista mas que al esterior.

Una espesa niebla envolvia todos los alrededores; la nieve cubria todos los senderos, y continuaba todavía cayendo. Apenas una que otra rama descarnada, uno que otro zarzal en esqueleto, alteraban aquí y allí la blanca uniformidad del suelo: la parda monotonía del firmamento veíase apenas salpicada de negro por el vuelo de algunos cuervos, que mezclaban á las ásperas armonías del cierzo sus fatídicos graznidos. La proximidad de la noche tenia verdaderamente aquella tarde algo de infernal.

Habian trascurrido ya algunos instantes, y la tia Juana estaba todavía de pié en el umbral de su cabaña. Al principio, la frescura del aire habia calmado el ardor de su frente; pero la niebla no tardó en penetrar en ella, el frio entorpeció sus miembros, y la trasformó bien pronto en una estátua. Semejante al sosegado arroyo cuyo murmullo no se percibe ya, la sangre se le iba helando en las venas; aquelal atmósfera espesa y pesada no bastaba á su pecho; se ahogaba. Y, cosa singular, parecíale

que aquella naturaleza tan desolada, aquel frio, aquella niebla, aquellas brumas, aquella desesperante y lúgubre uniformidad.... eran la imágen del porvenir del pobre, del porvenir de su hijo, en tanto que el otro....

Repentinamente se destacó de la niebla una forma grande y negra.

Era el cura de la aldea que pasaba por aquel sitio.

—Buenas noches, señora Juana.... pero qué es lo que teneis hoy? Noto en vos una mirada muy singular!....

—Tengo.... balbutió la infeliz viuda, que al principio no habia contestado; tengo un mal pensamiento, señor cura!

—Comunicádmelo al punto, hija mia.

Y el digno pastor se acercó mas.

—No, contestó Juana con una especie de terror!. No, señor cura! Esta noche no.... mañana.

—Sea mañana! Pero ahora no podré hacer algo en vuestro favor?

—Rezad una oracion á fin de alejar de mi techo á los malos espíritus, señor cura. Ya veis que se acerca la Noche del diablo!

El buen sacerdote se sonrió, y dirigió algunas sábias palabras á la tia Juana; pero notando que ésta apenas lo escuchaba, y que parecia haber recaido en su siniestro estupor, levantó los ojos al cielo, trazó en el espacio el signo de la cruz sobre el techo de la casuca, y murmuró en voz baja la oracion pedida. Despues se vió la negra silueta alejarse á través de la niebla, y perderse bien pronto en el estrecho horizonte.

Juana volvió á entrar en su morada, cerró la puerta tras sí, encendió la lámpara, tomó su torno y fué á sentarse otra vez bajo la campana de la chimenea á hilar su cañamazo.

Los dos niños dormian profundamente, y todo en la cabaña parecia tranquilo y silencioso.

Sin embargo, el viento, que doblaba su fuerza en el esterior, se fué haciendo notar poco á poco en el interior, rechinando, gimiendo y silbando. Corrió á lo largo de las paredes, agitando con ruido todo lo que estaba suspendido de ellas: la vajilla temblando sobre el aparador, los trastos de cobre y de hoja de lata sacudidos en sus clavos, las sonoras cáscaras de las cebollas colgadas de las vigas del techo, los vesti-

dos pendientes, las cortinas infladas, los viejos muebles mal colocados, el torno, las llaves, la vasija de cobre en que hervia el agua, todo arrojó bien pronto sus notas uniformes en una sinfonía general; todo fué transformado por la maldad del cierzo en un instrumento fantástico, que tocaba algun músico invisible y burlon. En la chimenea, que mugia por sí sola como un órgano destemplado, se ocultaba seguramente el director de orquesta.

Bien que Juana no comprendiese la conclusion á que iba á llegar aquella bacanal, la sentia vagamente revolotear al rededor del banquillo en que estaba sentada. La fiebre se apoderaba de su cerebro y lo turbaba de un modo singular. A despecho de la oracion del buen cura, á despecho del signo de la cruz por medio del cual habia sido bendecida la cabaña, el mal pensamiento reinaba en ella en aquel instante como dueño soberano. Era una tentacion en toda forma, un verdadero conventículo fascinador; y entre todas esas voces, todos esos ruidos, todos esos murmullos, no existia uno solo que no dijese á la tia Juana: "Cambia de

cuna á los niños!.... Va en ello la fortuna de tu hijo, va en ello su felicidad!''

En vano trató Juana de no escuchar mas tapándose los oidos; el diablo le habló no menos victoriosamente á sus ojos. Teníalos clavados en la lumbre de la chimenea, y la fantasmagoría del porvenir se desarrolló allí de repente, entre las encendidas brasas y la ceniza. Vió en el fogon como una avalanche roja, como una erupcion volcánica; la lava se convirtió en una especie de espejo, en que se reflejaron primeramente las dos cunas: la de Arturo parecia mucho mas espléndida de lo que era en realidad; la de Bernardo, mas miserable aún. La primera no tardó en transformarse en un palacio; la segunda en una horrible guardilla. De un lado Arturo, regordete y sonrosado, jugueteaba riendo, cubierto de seda y terciopelo, bajo un suave rayo de sol; del otro, Bernardo tiritaba, pálido y sombrío, bajo los harapos que lo cubrian.

—Oh! madre mia! parecia gemir con acento de reproche: ¡oh madre mia, si hubiéseis querido!

En seguida, los niños crecian con una rapi-

dez maravillosa..... Arturo era un estudiante rozagante y altivo; Bernardo un pobre y pequeño mendigo, cuya mirada desesperada decia aún:

—Oh! si hubiéseis querido, madre mia!.....

Bien pronto llegó el cuarto acto de aque seductor encantamiento, que el diablo representaba espresamente en el fogon en obsequio de Juana. Esta vió pasar á Arturo en un brillante carruage; formaban su alegre acompañamiento todos los placeres, todas las fiestas de la juventud; y por un camino cubierto de oro y sembrado de rosas, llegaba á una virilidad llena de triunfos, á una vejez colmada de honores. Los mas espléndidos uniformes que la tia Juana habia admirado hacia poco en Paris; los trages mas deslumbrantes que la habian desvanecido, Arturo los habia vestido gradualmente.

Veíalo al fin morir..... Asistia á los suntuosos funerales de Arturo Durantais; veia su cadáver embalsamado en un muelle ataúd, bajo un magnífico mausóleo de mármol; predominaba en el cementerio como habia predominado en el mundo. Aun despues de su muerte se le admiraba, gracias al poder del oro: hasta

su cadáver defendia el oro contra las miserias de la tumba! Parecia dormir en ella con esa opulenta beatitud que habia disfrutado en toda su vida. Cuando se poseen millones, la muerte no es mas que un triunfante y voluptuoso sueño!

Contrastando con este espléndido apoteósis, vió Juana con un punzante dolor desarrollarse sucesivamente en el hogar las escenas aflictivas de la vida del pobre, de la vida que aguardaba á su pequeño Bernardo. Niño raquítico y triste, crecia apenas bajo la helada librea de la indigencia. Un trabajo precoz y sin remuneracion lo destruia, lo encorvaba, lo aniquilaba, lo enflaquecia. Llegaba á ser un miserable aprendiz como su hermano Santiago, cuyos infortunios habia podido ver la tia Juana cuando estuvo en Paris. Era soldado contra su voluntad, como Francisco, su otro hermano; caia lleno de heridas bajo un cielo estrangero..... ó cuando menos, volvia á su país mutilado, con una pierna ó un brazo de menos..... Sin embargo, le era forzoso trabajar de esa manera, trabajar aún, trabajar siempre! Jamás luciera una hora feliz ó brillante en aquella vida condenada de antemano á la desgracia! Jamás

brotara un rayo de esperanza en aquella noche eterna! Oh! qué espantosos cuadros entrevió la tia Juana!....

Y qué muerte, gran Dios! La agonía en el mas completo abandono.... el hospital.... el anfiteatro tal vez.... seguramente el furgon de los pobres.... la fosa comun.... el cadáver sin otra mortaja que los gusanos que lo devoran....

Así fué como la tia Juana volvió á ver por la última vez á su hijo; así fué como oyó que le gritaba por última vez:

—Oh, madre mia! madre mia!.... si hubiéseis querido.... Si quisiéseis, madre mia!....

Aquello era demasiado. Juana se puso en pié con violencia esclamando:

—Suceda lo que suceda, mi hijo será dichoso, porque será rico!

Y se adelantó resueltamente hácia las dos cunas.

II.

Hay gran diferencia entre la primavera y el invierno, dice una antigua cancion. Me parece que esta gran verdad conviene admirablemente á la choza de la tia Juana.

Os acordais de aquella casuca tan desmantelada, tan sombría y tan atormentada por los vientos? De aquella pequeña casuca envuelta entre las nieblas y la nieve?.... De aquel interior, presa enteramente de la miseria y de los malos espíritus?....

Pues bien, mirad!.... Nada existe de todo

eso. Abril, ese delicioso hechicero ha tocado la casa con la punta de su varita mágica, que es una florida rama de ojiacanta, y.... zas! al instante la metamórfosis es completa.... Desaparece la niebla en el horizonte, convertida por el sol en gotas de rocío; y en lugar de la nieve que cubria el techo, vese ahora una fresca alfombra de verde yerba, bordada de alhelíes y tachonada de alboholes y belloritas. Otras plantas familiares trepan por las paredes, ocultando cada hendedura con un verde tallo, y cada agujero con una flor.

La luz del sol brilla por todas partes al derredor de los árboles, dibujando en la gran sombra que proyectan sobre el césped sus caprichosos y dorados calados.

En el interior de esta casa tan sombría y desolada poco tiempo antes, puede verse al presente un no sé qué de delicioso y agradable. Ventanas abiertas á la brisa primaveral; gozosos rayos de sol que encuentran medio de dibujar por todas partes un deslumbrante reflejo; concierto de insectos; canto de pajarillos; nada falta á esta fiesta de Abril de que el pobre,

mas aún que el rico, tiene su parte, porque Dios mismo es el que desde lo alto del cielo preside á la distribucion universal.

Hasta en la tia Juana se nota un completo cambio. Se halla en la misma posicion en que la hemos dejado, hilando en su torno; pero cerca de la puerta de su casa, en pleno dia, y á la sombra de los nogales y de las enredaderas. La hilandera está tranquila, vestida con esmero, casi diria alegre, si no fuera por una arruga de afliccion que el remordimiento ha impreso entre sus dos cejas. En vano se repite sin cesar: "Mi hijo está en Paris, y Paris es para los jóvenes un paraiso." Casi al mismo tiempo se ve forzada á añadir: "Sí, pero no he vuelto á verlo; á pesar de todos mis esfuerzos, no se ha accedido á recibirme como criada en casa de los Durantais.... Qué madre tan desgraciada soy! Ya no tengo hijo!"

En este momento el pequeño Arturo [que al presente es para todos, escepto para Juana, el pequeño Bernardo] lanza una esclamacion gozosa, y pasa corriendo por el huerto. Al oirlo, al verlo, el corazon de Juana se compri

me dolorosamente, parte por tristeza, parte por arrepentimiento. A su verdadero hijo era á quien debia oir y ver de aquella manera.... y cuántos goces habria esperimentado entonces! Ella los ha sacrificado á la ambicion del oro. Por otra parte, ¿no ha robado su porvenir y su nombre á esa desgraciada criatura que conserva á su lado?.... ¿No la ha condenado criminalmente á la oscuridad y á la miseria?....

Cuando habla de este modo el remordimiento á la tia Juana, corre hácia el niño, redobla sus cuidados y caricias, y trata de indemnizarle el mal que le ha causado. Vana esperanza! En vez de las alfombras y de los almohadones parisienses, á los cuales tendria derecho, el pobre niño no tiene para holgarse mas que el helecho del bosque y la yerba de los campos; en vez de las golosinas con que sin duda alguna se regala el falso Arturo, el falso Bernardo no gusta mas que de la ordinaria sopa de berzas, de las natas y de los quesos, y del pésimo aguapié de los labradores. Y luego, siempre al aire libre, siempre á los rayos del sol!—Pobre niño! se repetia sinceramente la tia Juana; oh, pobre y desgraciado niño!

Un dia, cerca de tres años despues de la Noche del diablo, la tia Juana recibió de Paris una cartita de la Sra. Durantais.

"Mi querido Arturo se halla algo enfermo, decia aquella; los médicos le han mandado el aire del campo. ¿Podeis decirme, señora Juana, si en las cercanías de vuestro pueblo hay alguna casa de campo que quieran alquilar para la presente estacion?"

A esta lectura, á esta esperanza que no aguardaba, la tia Juana creyó volverse loca de alegría. Al fin iba á volver á ver á su hijo!

Desgraciadamente, en todas las cercanías no habia otro edificio que alquilar, sino el mismo castillo de la aldea.

—Esa mansion, pensó la tia Juana con un secreto temor, va á parecer acaso á los Durantais demasiado señorial.

En este caso, como en muchos otros, razonaba mal la tia Juana. Es cierto que el señor Durantais era un antiguo mercader de la calle de San Dionisio, creo que mercader de gorros, guantes, &c.; pero poco tiempo despues habíase retirado del comercio con un capital estraor-

dinariamente aumentado. Desdeñando una profesion honrosa que no le enriquecia con la rápidez que su ambicion deseaba, habíase dedicado á toda clase de especulaciones arriesgadas, y particularmente á las operaciones de Bolsa, con una fortuna insolente. Ese hombre no era de aquellos que labran su fortuna á fuerza de an trabajo constante; era un *advenedizo afortunado.* No vaciló, pues, en alquilar el castillo, encantado y orgulloso con la idea de poder representar en él de una manera ostentosa al *Plebeyo noble.*

—Hé aquí una oportunidad de probar que soy rico, muy rico,—pensaba hinchándose de orgullo.

Como era natural, la tia Juana sentia *in petto* ese mismo orgullo.

—Tanto mejor,—decia para sí—tanto mejor que Durantais gane millones.... eso vale mas para mi hijo!

Llegó el gran dia.

Cuando lució el alba, ya esperaba la tia Juana en la estremidad de la avenida. Un carruage apareció *al fin*, una verdadera carroza, cuatro caballos, dos postillones, y un ruido de cas-

cabeles y chasquidos de látigo, capaz de hacer creer á toda la aldea que llegaba á sus puertas cuando menos un príncipe. Júzgese si la tia Juana estaria desvanecida, loca, orgullosa. Detiénese la silla de posta.... la portezuela se abre.... el señor y la señora Durantais bajan primero.... detras de ellos aparece Arturo.

La tia Juana estuvo á punto de desmayarse.

El niño vestia un trage de terciopelo amaranto; llevaba calzones adornados de blondas; tenia orgullosamente cubierta la cabeza con una rica toquilla con plumas blancas, y estaba calzado con estrechas botitas charoladas, con gruesas borlas de oro.

Al verlo la tia Juana sintióse largamente recompensada de todos sus pesares, de todos sus remordimientos, de su grande sacrificio en fin.—Lanzóse, pues, al cuello de su brillante hijo de leche, y á riesgo de faltarle al respeto, lo levantó locamente en sus brazos. Pero al dejarlo otra vez en el suelo despues de haberlo abrazado; al contemplarlo de mas cerca, retrocedió repentinamente, llena de asombro, estupefacta.

Bajo aquellos pomposos oropeles, bajo aquel

terciopelo, aquella seda, aquellos encages, aquellas plumas; bajo todos aquellos atavíos de príncipe encantador, veia un pobre engendro raquítico, enfermizo, y tan estraordinariamente pálido, que parecia un cadáver.

En aquel mismo instante presentóse Bernardo, que acudia á renovar su amistad con su hermano de leche. Al ver á los dos niños, uno al lado del otro, el contraste era mas evidente, mas terrible aún. Aunque Bernardo se habia vestido con su trage de los domingos en atencion á las circunstancias, habia encontrado modo de escaparse del lado de la tia Juana mientras esta esperaba la llegada de la comitiva, y de correr á retozar con los cerdos y los patos, sus compañeros ordinarios. En consecuencia, presentóse lleno de sudor y de barro, sin aliento, con los cabellos en desórden, como un verdadero palurdo que era.—Pero qué hermosos colores! qué salud! qué vigor ostentaba aquel hijo de la naturaleza! Poco faltó para que ahogase á su hermano de leche en el primer rapto de irrespetuosa alegría, y el espléndido vestido de terciopelo enteramente nuevo, fué deshonrado de la cabeza á los piés. Ademas, el hermoso

Arturo se asustó y se echó á llorar, lo cual lo hizo aparecer menos agradable. A su lado el alegre y colorado Bernardo reia estrepitosamente, mostrándose magnífico en verdad.

—¿Me habré acaso equivocado?—dijo para sí la tia Juana.

III.

Despues de algunos dias de una constante y muda observacion, la tia Juana se vió obligada á convenir en su interior, que hasta entonces al menos la mejor parte le habia tocado al lugareño, á Bernardo. Bien mirado, la infancia valia mas en la aldea que en Paris; el aire del campo era preferible al de los salones; el pequeño millonario, criado entre algodon y seda, debia tener envidia del pobre pilluelo, que vivia al aire y al sol. Esta era para la tia Juana una primera ilusion desvanecida, una preocupacion de menos; pero aún le quedaban tantas otras!

—La opulencia, decia ella, no da ni la fuerza ni la salud, al menos á los niños.... pero mas adelante será bien diferente. Solo la fortuna proporciona triunfos y felicidad. Debe lamentarse, es cierto, que esto no se alcance mas pronto; pero bah! tanto mejor para el niño que se ha desarrollado de un modo tan notable cerca de mí! Hasta ahora no le he causado mal alguno.... al contrario!

Despues de estas primeras reflexiones, no quedó, pues, á la tia Juana mas que una diminucion de remordimientos respecto á Bernardo; en cuanto á Arturo, la desagradable impresion que le produjo su llegada, se borró prontamente. Su palidez era solo distincion, su debilidad elegancia; y luego, le rodeaba tanto lujo! le sentaba tan bien! De nuevo Juana quedó obcecada completamente; al cabo de un mes apenas volvió á considerar el destino del niño rico relativamente al del niño pobre, tan superior en la realidad como hasta entonces lo habia sido en sus desvaríos. Ademas, el campo comenzaba á ejercer su vivificante influencia sobre el parisiensito, que habia recobrado cierta robustez, ciertos colores. Cada dia lo

encontraba la tia Juana un poco mas repuesto que la víspera: no se ocupaba ya mas que de él solo; seguíalo sin cesar con los ojos y con el corazon, lo admiraba, lo idolatraba en silencio; y la estancia del niño en el castillo, al darle la salud, devolvia la dicha á la pobre madre.

Por desgracia, la hermosa estacion tocaba á su fin; apenas comenzaron á secarse las hojas de los árboles, habló la señora Durantais de regresar á Paris: mas vana acaso que su marido, é impaciente por disfrutar de su opulencia, un poco tardía, ansiaba volver á abrir sus salones: era una madre coqueta.

Por la segunda vez trató Juana, por cuantos medios estuvieron á su alcance, de marchar en compañía de su querido hijo de leche: pero, como en la vez primera, no pudo conseguirlo. La servidumbre de los Durantais estaba completa; necesitábase para el jóven Arturo una aya que fuese casi una señora; y ademas, la tia Juana no podia marchar sin Bernardo, y Bernardo era un muchacho salvage, de una brutalidad verdaderamente chocante. En algunas discusiones que habia tenido con su hermano de leche, en sus juegos infantiles, en las mismas

caricias con que trataba de mostrarle su amistad, pudo probar Bernardo demasiado suficientemente su superioridad sobre el débil Arturo, y varias veces habian temido que lo lastimase.

Fué preciso, pues, quedarse en la aldea; pero con un consuelo al menos, con una esperanza. A resultas de una gran jugada de Bolsa, el señor Durantais acababa de comprar el castillo, y en lo sucesivo iriā á pasar en él el verano con toda su familia. Resignóse, pues, Juana, y esperó.

En cuanto al jóven Bernardo, prosiguió haciendo sus alegres correrías en el monte, como si nada hubiese pasado.

Todas las noches, al mirarlo, Juana pensaba en *el otro*. El prestigio del lujo se habia desvanecido con la distancia, y la soberbia apostura de Bernardo estaba siempre ahí, delante de sus ojos. Juana volvia á mirar á Arturo tal como lo habia visto el dia de su llegada, y durante aquel largo invierno se repetia con una tristeza congojosa:

—Él está magníficamente vestido, es cierto.... pero está muy enflaquecido, Dios mio está muy pálido!

Ah! todavía fué peor á la vuelta de la primavera. Los aires puros hicieron nuevas maravillas; aun mas, hizo la vida contenta y libre, acaso tambien la sopa de coles de la tia Juana, que el brillante Arturo no se desdeñaba de ir á tomar algunas veces á escondidas, á la choza que lo vió nacer.

De esta manera trascurrieron algunos años: Arturo y Bernardo continuanban creciendo, cada cual en el mismo sentido. La posicion de la tia Juana mejoró durante ese tiempo, pues en primer lugar, los Durantais, cuya fortuna seguia acrecentándose, gratificaban á menudo á la nodriza del señorito Arturo; y en segundo lugar, [sin duda no lo habrá olvidado el lector] la tia Juana tenia dos hijos ya crecidos, uno de ellos soldado, y el otro aprendiz de platero.

El mayor, á quien la muerte de su padre parecia deber arrancar del servicio militar y traerlo sin tardanza á la aldea, habia escrito un dia á Juana una carta que la sorprendió por varias razones, siendo la principal la que Francisco mismo le esplicaba poco mas ó menos en estos términos:

"Seguramente vais á admiraros, madre mia,

de que al presente sepa yo escribir. Preciso es deciros, antes que todo, y en pocas palabras, que en cada regimiento hay una escuela en que se puede aprender todo sin que cueste nada. Por otra parte, esto divierte, y no ignorais que en los principios yo me fastidiaba mucho. Héteme, pues, transformado en uno de los concurrentes mas esactos á la escuela del regimiento, de la cual en el dia soy el sub-director. Esto hace inútil deciros que ya sé leer, escribir, y las cuatro reglas de la aritmética, sin contár otra porcion de cosas que sigo estudiando con una aplicacion que raya en encarnizamiento.... como dice mi coronel, que se interesa mucho por mí desde que trabajo para hacerme un sábio. Pero volvamos al motivo de mi carta.

"Cuando me separé de la aldea no tenia aficion á la carrera militar, muy al contrario. Cuando, despues del desgraciado accidente ocurrido á mi bravo padre (que Dios tenga en su santa guarda) me comunicásteis que íbais á dar todos los pasos necesarios para conseguir mi separacion del servicio, me alegré aun mucho mas; primeramente por el placer de volver à veros, mi buena madre, y luego porque iba á

abandonar de una vez la cartuchera y el fusil. Yo no queria ser soldado, lo sabeis bien; creíame un cobarde, pero nada de eso, yo me equivocaba. Entretanto el regimiento marchó de guarnicion á Africa, y desde los primeros dias hubo que batirse. No podré deciros esactamente qué revolucion se operó en mi cabeza; pero de carnero que me creia yo, héme ahí repentinamente transformado en leon. Yo fuí el primero que llegué al reducto de los beduinos, tomé una bandera, me distinguí entre todos, y en breve ascendí á cabo. Entonces fué cuando me dijo el coronel:—Continúa instruyéndote, Francisco, y llegarás á ser sargento.—A esta sazon llegó mi licencia absoluta. Un mes antes, tal incidente me habria colmado de alegría; pero entonces me entristeció á un grado que no puedo esplicároslo. Qué quereis, madre mia! He tomado aficion al vivac y a la campaña, ni mas ni menos que á la lectura y á la escritura. Estoy apasionado por la aritmética y por la carga en once voces; y luego, pensad en ello, ser sargento en mis últimos dias! No os enfadeis, madre mia; es una ambicion que me domina. Veíame embarazado para respon-

deros, cuando me ocurrió una idea: confiárselo todo á mi coronel.—Cabo Francisco, me contestó, puedes conciliar fácilmente tu vocacion de guerra y tu amor filial. Vas á ser licenciado.... Pues bien, véndete otra vez como reemplazo, que yo me encargo de arreglar este negocio, y te aseguro desde ahora 1,800 francos cuanda menos. Luego envías esta suma á tu madre, y tú puedes quedarte, con la concienci tranquila en el regimiento, en el cual continuaré teniéndote presente.

"No dejé que se me hiciera dos veces tal proposicion, madre mia, y volví á subir precipitadamente á mi alojamiento, con el objeto de comunicaros la idea de mi coronel. ¿Me permitís que sea cabo y llegue á ser sargento? ¿Queréis aceptar mis mil ochocientos francos... ? Esto es todo lo que valgo segun parecer; si fuese mas os lo ofreceria de la misma manera; y aunque prefiriendo vivir lejos de vos (de lo cual os pido perdon otra vez, madre mia), no por eso dejo de ser mientras viva, vuestro hijo de todo corazon.

"Firmado. Francisco, cabo del 17.° de línea"

IV.

Como lo preveía el cabo Francisco, la lectura de esa carta sorprendió y conmovió estraordinariamente á la tia Juana. Llegar á ser docto sin ser rico, le habia parecido hasta entonces imposible.

—Calle!—se dijo ella, se puede, pues, llegar á ser algo sin proteccion y sin dinero...? Es bien estraordinario!

En seguida, despues de un momento de reflexion, añadió:

—Despues de todo, ser sargento es una cosa muy agradable! Mi tercer hijo alcanzará, á

no dudarlo, un porvenir muy distinto; y dentro de veinte años el sargento Francisco presentará las armas á un jóven y gentil oficial que se llamará Arturo Durantais, y que sin embargo, será su hermano!

Y ella se respondia que aceptaba esta hipótesis.

Los mil ochocientos francos llegaron poco tiempo despues, y la tia Juana aprovechó esa coyuntura para realizar antes que todo el placer de efectuar un viage á Paris, bajo el pretesto ostensible de consultar al señor Durantais sobre el empleo que debia dar á su dinero, y en realidad para ver un poco mas pronto á Arturo y para abrazarle mil veces en secreto.

Creo haber dicho ya que el señor Durantais era un mentecato y la señora Durantais una coqueta. En la clasede los enriquecidos insaciables encuéntranse demasiado frecuentemente matrimonios como éste. Amaban muy sinceramente al señor su hijo, y lo educaban de la manera mas deplorable. Incensado de contínuo como un pequeño ídolo viviente, el jóven Arturo estaba ya dominado por el orgullo y el despotismo: todo el mundo en su casa obedecia

sus menores caprichos. De ese modo, siempre que cualquiera imposibilidad irritaba ó retardaba siquiera el cumplimiento de sus deseos, enfurecíase y sucumbia á ataques epilépticos que iban destruyendo mas y mas su mezquina naturaleza. Por otra parte, la enorme cantidad de dulces y pastelillos que consumia diariamente, acabó de constituirlo uno de esos estómagos de capricho que dan tanto que hacer á la facultad parisiense. Por tales motivos el jóven Creso estaba mas amarillo y mas macilento que nunca.

La tia Juana se inquietó y aun se asustó un poco; pero carecia de bastante buen sentido para comprender que así como la rústica mediocridad habia sido benéfica para Bernardo, la opulencia parisiense era nociva para Arturo. Además, el pequeño millonario estaba siempre tan bien ataviado! Todos los dias nuevos trages; y qué trages! De seguro no los habian gastado nunca mas suntuosos los príncipes de los pasados tiempos; jamas los habia visto la tia Juana mas deslumbradores, ni á los monos sabios que admiraba cada año en la feria de la cabecera del canton. Sobre todo, tenia un ai-

re tan marcial! mandaba tan orgullosamente á las criados! les pegaba tan lindamente por cualquier bagatela! Hubiera hecho otro tanto con su misma madre, si le hubiese dado gana de ello. En fin, era un niño encantador!—Sí, sí, decíase la tia Juana, que se pasmaba de contento á su vista; la fortuna hace los niños dichosos; la fortuna hace los hombres felices! Perdóneme Dios mi crímen; pero no me arrepiento de él, porque habrá servido bastantemente á la dicha de mi hijo!

A pesar de esta loca idolatría, la tia Juana no olvidaba que tenia otros dos hijos. Hizo escribir á Francisco manifestándole su gratitud por la alegría que acababa de causarle, y aprovechó su estancia en Paris para visitar á Santiago.

—¡Pobre muchacho! se decia durante su marcha: ¡éste sí es muy desgraciado! ¡Este, sobre todo, tendrá un porvenir muy miserable!

Efectivamente, en la época de su primer viage á Paris [y hacia de esto cinco ó seis años], Juana habia encontrado á Santiago en la situacion mas lamentable. Encorvado durante todo el dia bajo un trabajo demasiado penoso pa-

ra su edad; viviendo en una atmósfera nauseabunda y mal sana—era dorador de alhajas,—mal alimentado, peor vestido, corregido frecuentemente con brutalidad; durmiendo en un camaranchon que un perro de buena casa no hubiera querido por jaula; Santiago tenia esa horrible juventud de los aprendices de hace veinte años.

Despues de su último viage, Juana habia enviado frecuentemente á su hijo segundo algunas piezas de ropa y algunas cortas monedas, por conducto del correo del canton; y segun los informes de este mismo, no habia cambiado en nada la posicion de Santiago, y á mayor abundamiento aun le faltaban cerca de diez y ocho meses de aprendizage. En tal virtud, la tia Juana sentia el corazon horriblemente comprimido durante todo el camino, y por esa causa solo despues de una vacilacion penosa, franqueó los umbrales del taller

—¡Vuestro hijo es un haragan! gritó el maestro luego que divisó á la campesina. Se ha separado de la casa á pesar de su contrata, se ha fugado para correr la tuna yo no sé dónde; es un

bribon de marca mayor, yo os lo digo, que acabará en un patíbulo, ó cuando menos en Tolon!

Y despues de algunos otros consuelos del mismo género, aquel profeta de desgracias cerró sencillamente la puerta en las narices de la tia Juana.

Volvia ésta lentamente por los bulevares, llena de tristeza y desconsuelo, cuando una voz que salia de lo alto de la rampa Bonne-Nouvelle, la hizo latir con fuerza el corazon. Aquella voz era la del jóven desertor.

—¡Una mirada al pasar! gritaba en medio de un círculo numeroso; comprad, señoras y caballeros.... No vale casi nada.... Podeis habilitaros con economía....!

Asombrada, dudando todavía, la campesina hendió la multitud, y no tardó en convencerse por su propia vista que era realmente su hijo Santiago.

Este estaba sentado á la oriental en lo mas alto del andén; delante de él, sobre un viejo pedazo de alfombra, se ostentaban algunas porcelanas de lance, cuyos defectos estaban disimulados, y cuyas cualidades estaban realzadas con un arte verdaderamente comercial. Ade-

más, el jóven mercader al aire libre sabia dar valor á sus mercancías con unos modales de tal manera seductores, con una locuacidad tan persuasiva, que al cabo de un cuarto de hora apenas, todo lo que le quedaba de porcelana sobre la alfombra fué llevado por los compradores, y la tia Juana se encontró sola con su hijo, que alojaba alegremente en sus bolsillos un grueso puñado de monedas.

—Desgraciado muchacho, gritó ella al fin, qué haces ahí?

—Comercio, mamá, respondió el adolescente con la pintoresca espontaneidad que distingue al pilluelo de Paris. Mi bosa es la del comercio....! He nacido comerciante....! Y en prueba de ello, escuchad mi historia.

Y asiendo del brazo á su madre, paseóla Santiago por el bulevar, refiriéndole poco mas ó menos lo siguiente:

Cierto dia habia salido de su chiribitil medio asfixiado; le habian impuesto una tarea que escedia á sus fuerzas; las sempiternas habichuelas del almuerzo eran aquel dia verdaderos guijarros; el humor del maestro no era menos duro, y Santiago fué golpeado por postre de una ma-

nera ultrajante. Esto habia sido demasiado, y la copa se desbordó al fin. La puerta de la jaula estaba entreabierta, y el pájaro voló con toda la fuerza de sus alas. ¿Qué hacer? ¿En qué ocuparse? Santiago se encontraba por casualidad posseedor de cien sueldos: compró cien sueldos de porcelanas mas ó menos averiadas, tazas sin platillos, platillos sin tazas, copitas, escribanías, &c. Despues de comprar esta primera pacotilla, habia ido atrevidamente á inaugurar su despacho en el bulevar Bonne-Nouvelle.

—En la noche, prosiguió triunfalmente Santiago, mis cien sueldos habian producido algunas monedas mas. Me encontré ocho francos en caja, quedándome el capital en almacen. Soberbia operacion! dije para mi coleto; si esto sigue como va, cátame un completo negociante! A fin de mostrarme bajo todos aspectos digno de tal título, hice juramento de no distraer nunca de mi haber mas que un franco diario para mis gastos personales, y con el resto del capital estender incesantemente el círculo de mis operaciones. Merced á este pequeño sistema industrial, al otro dia tenia por valor de

nueve francos sobre el mostrador; al siguiente trece francos; diez y siete al subsecuente. Al cabo de quince dias, mamá, me hallé á la cabeza de tres napoleones.... en porcelana.... Siempre la porcelana, mamá.... es mi fuerte, voto á brios....! Amor y fidelidad por la vida á la porcelana! he aquí mi divisa. Es tan preciosa, tan coqueta....! es tan blanca, tan dorada.... de tan bellos colores, de tan lindas formas.... tan reluciente y tan tersa....! Ella me proporciona ventajas halagando mi pasion. Es todo provecho.... placer y beneficio.

La buena madre, enteramente embobada, no podia volver en sí. En vano trató de interrumpir á Santiago, que cambiando de tono, prosiguió:

—Sin embargo, no soy esclusivista; amo tambien las monedas.... ya os he dicho que el comercio es mi vocacion.... y me gusta ver multiplicarse aquellas en mis manos.... Aquí teneis otro placer mas, mamá! Figuraos, por ejemplo, un corral absolutamente como el vuestro. Al principio una sola gallina.... mi moneda de cien sueldos....! despues una docena de huevos, la gallina se aclocа, luego una do

cena de pollos! Véndense los gallos.... las gallinas se conservan.... vuelven á empollar, y así sucesivamente.... En fin, es la bola de nieve!.... De este modo se forman los grandes gallineros y las grandes fortunas. Mi pobre y bravo padre era apasionado por la pesca.... y bien, mamá, así es el comercio! Si supiéseis con qué júbilo he contemplado los primeros gobios.... las primeras monedas blancas.... aferrarse á mi anzuelo! Las recontaba, las palpaba, las acariciaba, las hacia sonar, durante mis primeras noches de independencia! .... cuando tuve dos escudos, me tapaba con ellos los ojos, y esto me producia un goce que no puedo esplicaros.... Mi primer napoleon me causó tal alegría, que temí volverme loco. Saltaba, bailaba, daba vueltas, ni mas ni ménos que los fuegos fátuos que se ven correr sobre la gran balsa de agua de nuestra aldea durante las noches de estío. En fin, al cabo de ocho dias mas, tenia la tira de papel-José.... y ni el rey es mi amo!

—La tira de papel-José....—repitió la tia Juana mas y mas atolondrada.—Pero qué quiere decir eso, Santiaguillo?....

—Miradlo! respondió este con aire triunfante, estrayendo de una triple cubierta un billete de quinientos francos. Mirad el talisman que han puesto en mis manos esas dos hadas poderosas que se llaman economía y perseverancia. No lo creeis, mamá?..... Pues bien, vais á ver la trasformacion...... y en este mismo instante..... Venid! .....

El ambicioso mercader atravesó el bulevar, conduciendo siempre del brazo á la tia Juana, que mas aún que en la Noche del diablo, se creia juguete de una alucinacion fantástica. Pero nada de eso, pues aquella escena pasaba á la luz del dia, era una agradable y franca realidad en pleno sol.

Del lado opuesto del bulevar, en el ángulo de un terreno baldío, algunos carpinteros estaban acabando de techar una especie de puesto de madera, una preciosa tiendecilla industrial.

—Mirad, concluyó Santiago con el ademan de un emperador que muestra su palacio; mirad en lo que vá á convertirse mi tira de papel-José! Para mí es para quien trabajan esos obreros en este momento: mañana seré pro-

pietario! propietario de un puestecillo, es verdad; pero paciencia, mamá.... poco á poco hace el pájaro su nido!.... Mañana inauguro el mio ahí dentro en compañía de mis queridas porcelanas. Quién sabe! De aquí á veinte años tal vez seré dueño de una pequeña tienda. *English spoken, se habla español*.... No trateis de comprender, mamá; es latin! Pero vos tendreis en ella vuestra parte: tan pronto como la tienda sea bastante grande os avisaré, mamá, y vendréis á Paris con mi hermano Bernardo: no hay que sonreirse! Paciencia y confianza, dice el estribillo de la cancion.

—Picaruelo! dijo la tia Juana, dándole un golpecito en la mejilla, yo te dejo hablar, pero me parece que estás un poco loco.

El hecho es que Santiago tenia apenas diez y nueve años, y parecia algo preocupado por su pretendida vocacion comercial. La tia Juana, sin embargo, no regresó á su pueblo sin haberlo visto instalarse en su tienda.

En la aldea iba á volver á encontrar á Bernardo, á quien no habia querido, ó mas bien no habia tenido valor de llevar á Paris, por una especie de aprension que fácilmente se com

prenderá. A su llegada lo sorprendió en una posicion singular.

Con un grán trozo de carbon en cada mano, el jóven campesino trataba de reproducir en una pared recientemente blanqueada el perfil no muy esacto de uno de sus queridos patos, que no lejos de ahí permanecia sin menearse, gracias á las ligaduras que ataban sus piés.

A esta vista la tia Juana no pudo menos de repetir, aunque con alguna variante, el clásico apóstrofe con que anteriormente saludara á su hijo Santiago.

—Y bien! gritó á Bernardo, endiablado muchacho ... qué haces ahí?

El jóven embadurnador iba á escaparse corriendo.... apenas contaba siete años! ... pero intervino el maestro de escuela, que se encontraba cerca por casualidad.

—Dejadlo! dijo doctoralmente aquel filósofo de aldea: dejad hacer á este niño, señora Juana Tiene una maravillosa disposicion para el dibujo, y por lo que hace á mí, admiraba la que estaba bosquejando ahí.... Es una verdadera vocacion!

Y el digno pedagogo, que era parlanchin en demasía, púsose á referir mil anécdotas acerca de la infancia predestinada de muchos artistas célebres, como Giotto, Rafael, Ticiano, Rubens, Murillo, etc. etc.

Escuchándolo, ó mejor dicho, no oyéndolo, la tia Juana permanecia pensativa.

—Una vocacion! decia entre sí. Ah! tienen, pues, todos una vocacion?.... Sin embargo, hay que esceptuar á mi querido Arturo, en quien no advierto ni por asomos una vocacion!

Luego, despues de un momento de silencio y con una sonrisa que me abstendré de calificar, añadió:

—Ah! sí por cierto, yo me equivoco.... tiene la vocacion del oro!

V.

Los años de la infancia son seguramente los que vuelan con mas rapidez. Nuestros dos hermanos de leche habian ejecutado ya ese primero é importante acto de la vida que se llama primera comunion.

Bernardo, instruido por el sencillo y buen pastor de la aldea, recibió aquel segundo bautismo del alma con una religiosidad inefable y sincera, con ese piadoso y fecundo entusiasmo que ilumina todo lo restante de la vida con cierta luz mística y espiritual que mas tarde

poetiza y purifica todos los goces y todos los dolores del hombre.

Arturo por el contrario.... Oh! no quisiera yo decir demasiado mal de los esposos Durantais; pero ello es que pertenecian á esa fatal raza de plebeyos volterianos que nunca han leido á Voltaire, y de la que Voltaire reiria grandemente si le fuese permitido renegar de su comprometedora y estúpida adulacion. El Sr. Durantais nunca desperdiciaba la ocasion de ridiculizar las cosas sagradas, ni aun delante de su hijo; la Sra. Durantais afectaba reprender á su esposo, pero teniendo gran cuidado de reir al disimulo de sus *chistes*. Arturo comprendia perfectamente lo que le decian, y sobre todo, lo que no le decian. Llegó, pues, á considerar el Catecismo como una variante de la historia de Croquemitaine, buena á lo mas para causar miedo á los niños; y el mismo dia de su primera comunion, regresó á su casa burlándose de aquel acto en términos tan impíos, que nos abstenemos de repetirlos. Esa era una de las bromas favoritas de Durantais padre, que no dejaba de reir con todas sus ganas al verse reproducido tan fielmente en su hijo.

—Calla, Arturo, decia la Sra. Durantais haciendo arrumacos; los niños no deben decir esas cosas!

Y aquella inteligente madre, convencida de que habia practicado un acto de alta moralidad, volvia á sus adornos, á sus coqueterías y tal vez á cosas peores.

El Sr. Durantais por su parte, ¿no tenia que cuidar de sus millones y de todo lo demás que es consiguiente? Quedábase, pues, Arturo solo, comentando aquella funesta leccion que acababa de marchitar la mas preciosa flor de su alma juvenil.

Los niños mas terribles llegan á ser mas tarde escépticos de veinte años!

Poco tiempo despues entró Arturo al colegio, y ese dia fué cuando la tia Juana se sintió satisfecha y orgullosa por lo que habia hecho.

—Va á aprender el latin y el griego! se decia.

La verdad me obliga á asentar que Arturo no aprendió nada absolutamente.

—Es preciso no fatigarlo demasiado con el estudio, recomendaba cada semestre el señor Durantais. Y luego repetia con soberbia:

Bah! no tiene necesidad de ser tan sábio ---- será rico!

Arturo fué, pues, el cangrejo mas cangrejo de todo el colegio, y eso con la autorizacion y el agrado de sus amables padres.

Ah! Juana---- Juana! no siempre la fortuna asegura la felicidad de los jóvenes. Cuando tienen por padre á unos Durantais, ella viene á ser muchas veces, mas frecuentemente de lo que se piensa, un funesto presente! Tú no habias podido adivinar esto, pobre Juana---- no podias ni aun comprenderlo! Aunque te hubiesen señalado el peligro, te habrias reido creyendo que se burlaban de tí!

Y sin embargo, con el ejemplo de tus hijos mayores, con el de ese mismo niño que imaginas haber condenado á la desgracia, el cielo parece querer advertirte que la sobriedad hace fuertes á los hombres, y que la miseria es muchas veces un precioso escitante, un aguijon, una espuela que los impele hácia la fortuna y la gloria, esos dos objetos accesibles hoy á todos.

Por lo demas, Bernardo no es un espíritu fuerte! Tiene el candor de creer que la ora-

cion trae la dicha, y la cruz que supera el campanario de su aldea es para él un piadoso emblema que le habla ya de esperanza y de amor. No aprenderá el griego ni el latin, es verdad; pero sí hay escuelas gratuitas en todas partes, hasta en los regimientos, para aquellos que quieran reparar el tiempo perdido; preguntadlo si no, al cabo Francisco .... me he equivocado, al sargento Francisco, condecorado con la cruz de la Legion de Honor!

Bernardo no abriga ninguna pretension á la ciencia universal: desea dibujar, esto es todo; dibujar siempre, ó formar con la suave greda del arroyo la simple semejanza de todo lo que halaga el capricho de sus ojos. Por mucho tiempo los patos han conservado el monopolio de su predileccion, despues, cobrando mas audacia su fantasía, se ha ejercitado con los cabras, con las vacas y con los caballos. Un dia Bernardo llegó hasta bosquejar sobre la pared el perfil de la tia Juana; en otra ocasion talló con un cuchillo en un tronco de boj la rídicula figura del maestro de escuela, que no por esto lo quizo menos, todo lo contrario.

—Yo he sacado el horóscopo de este rapa-

zuelo, iba diciendo con vanidosa importancia; hélo yo atreviéndose á hacer retratos y figuritas; será pintor de atributos, ya lo digo, ó escultor en yeso en la cabecera del distrito; y no habrá un mercader ni un fondista de la calle real que no se enorgullezcan de encargarle las muestras de sus establecimientos!

A pesar de tan halagadora prediccion, la tia Juana atormentó bastante en un principio á Bernardo, en cuya vocación creia muy poco; pero el cura corroboró la opinion del maestro de escuela, y no contento con esto llevaba á su morada al muchacho, y se complacia en darle algunas lecciones elementales de dibujo. Bernardo adelantaba maravillosamente, si bien cada dia preferia mas el relieve al lineamiento.

La víspera de San Roque, patrono de la aldea, apareció Bernardo inesperadamente en el presbiterio llevando consigo una estatuita casi tan grande como él, que acababa de labrar por sí solo en el fondo del bosque, aprovechando el tronco de una encima abatida por el huracán. Por vida mia, que era un verdadero San Roque! El perro, sobre todo, escitó la admiracion de toda la parroquia, pues al siguiente dia la obra

de Bernardo obtuvo el honor de una solemne inauguracion en la iglesia de la aldea. En seguida, despues de haber celebrado el oficio divino, el cura llamó aparte á la tia Juana, y le dijo con la autoridad de una conviccion profunda:

—Decididamente ese niño está predestinado por Dios: es preciso que marche á Paris!

A Paris!.... Esta palabra hirió con fuerza la mente de Juana; pero no fué porque pensara en Bernardo, sino porque acababa de entrever un pretesto para acercarse á Arturo. Hacia ya algunos años que no lo veia sino durante las vacaciones, en el castillo y no todos los dias. A la compañía de su nodriza y de su hermano de leche, el brillante Arturo preferia con gusto la sociedad de los jóvenes elegantes y de las hermosas señoritas que cada año afluian á la morada del plebeyo-noble. A aquella sazon los dos chiquillos de la Noche del diablo tenian cerca de diez y seis años.

Gracias á la vocacion de Bernardo, gracias al consejo del señor cura, la tia Juana tenia por fin un pretesto para radicarse en Paris, ese ideal de sus sueños. Unicamente quedaban

por arreglar los medios de ejecutar ese proyecto, cuando el cielo pareció complacerse en proporcionárselos. Dos cartas llegaron al propio tiempo á la cabaña: una de ellas era de Santiago, la otra de Francisco.

"Mi buena madre, escribia este último; ya soy subteniente! No os hablaré de mi alegría, pero sí quiero que tengais vuestra parte en ella.

"Hasta hoy no he podido enviaros sino una que otra pequeña suma y de cuando en cuando: en lo de adelante disfrutareis por completo de los 250 francos de la pension de mi cruz de honor. Dentro de quince dias precisamente se habrá vencido una anualidad; ella os pertenece, y bajo este pliego os envío todos los documentos necesarios para que podais ocurrir á cobrarla á Paris al ministerio de la guerra.

"Esto en cuanto al presente; por lo que hace á lo sucesivo, permanezco en Argel á fin de ascender aún en mi carrera si es posible, y hacer feliz vuestra vejez. Creo que este pensamiento es el que me ha traido la dicha. Así, pues, en todo lo que pueda sobrevenirme de favorable de hoy en adelante, habrá siempre dos partes se-

paradas de antemano: la del soldado y la de la madre."

La tia Juana se enjugó una lágrima.... El ángel custodio del subteniente Francisco, debió añadir esa lágrima á su hoja de servicios de allá arriba!

La segunda carta, la de Santiago el negociante, no contenia mas que estas dos líneas de una escritura y de una ortografía indescifrables:

"Venid pronto, mamá! Mi puestecillo se ha transformado al fin en una tienda; al presente hay un lugar para vos y para el hermanito Bernardo en la morada de vuestro hijo

"SANTIAGO."

El dia siguiente la tia Juana llegaba á París.

VI.

Santiago es en la actualidad un señor.....el señor Santiago! Posee una preciosísima tienda.. veinte mil francos en efectos en sus aparadores..... otro tanto por lo menos en caja..... crédito en la plaza..... Todo esto, él mismo se complace en reconocerlo, es el resultado de su pieza de cinco francos!

—Y bien, hermanito, habia dicho á Bernardo; Francisco sigue su camino en la carrera militar..... yo no voy muy mal en los negocios... ¿qué podriamos hacer por tí?

Despues, al ver que Bernardo no respondia, se inclinó sobre su hombro para mirar qué estaba haciendo. Bernardo se hallaba sentado en el centro de la tienda con un carton sobre las rodillas y un lápiz en la mano: un gran vaso de porcelana le servia de modelo.

—Calle! dijo Santiago, tú dibujas pues?

—Un poco.

—Y quién ha sido tu maestro?

—En primer lugar la naturaleza, y despues el señor cura, que me ha dado unas cuantas lecciones.

—No está mal, no está mal! Positivamente hay seguridad, soltura, esactitud. Despues de todo, ese vaso es soberbio, no es verdad?.... La invencion es mia.... es mi obra maestra!...

—Sí, sí; pero....

—Pero qué?....

—Mira, hermano .... no se ofenda tu amor propio.... No ha mucho tiempo, al practicar unas escavaciones en nuestra aldea, he visto desenterrar vasos antiguos que en el cuello y en las asas particularmente tenian cierta elegancia bien diversa de esta. Se parecian, sin embargo, á tu obra maestra, pero con algunas

modificaciones.... por ejemplo, éstas poco mas ó menos....

Y con unos cuantos trazos de su lápiz, Bernardo aumenta, desarrolla, idealiza la vasija algo tosca del señor Santiago; y la transforma. sin embargo, con unas cuantas líneas insignificantes, en una pintura de una gracia, de una originalidad verdaderamente maravillosa. Santiago era un poco vanidoso; pero amaba las porcelanas; no tenia la ciencia del arte, pero poseía el instinto.

—Cáspita! esclamó francamente; este rapazuelo tiene mas buen gusto que yo! Y luego, qué disposicion para el dibujo! Es preciso cultivarla sin pérdida de tiempo, hermanito. En Paris hay famosos maestros, y....

Santiago se detuvo repentinamente, y se mordió los labios. Creo que no os lo habia dicho áun. Santiago es avaro! es un acumulador de toscos sueldos, es un *empollador* de monedas blancas!

Pardiez! por qué inquietarse tanto, maese Santiago? Se necesita acaso dinero para llegar á ser un gran artista? No hay por ventura escuelas gratuitas de dibujo, como las hay de

otros ramos? No nos hallamos en el siglo diez y nueve? Se paga acaso todavía por pasar los puentes que conducen al porvenir?

Bernardo entró, pues, simplemente en la academia popular de su distrito, como lo habria hecho un ciudadano de Atenas. Dos años transcurrieron de ese modo: Santiago hacia rápidos progresos en su comercio; la tienda se transformaba insensiblemente en almacen.

Por otra parte, súpose que Francisco, á consecuencia de un brillante hecho de armas habido en Africa, habia sido ascendido á teniente. Sin hacer todavía gran ruido, Bernardo adelantaba á pasos de gigante en su carrera artística; hubiérase dicho que poseia las botas de siete leguas. No solo el dómine y el cura de la aldea lo alentaban; los primeros profesores de Paris se maravillaban tambien del rápido desarrollo de sus disposiciones naturales, y le decian con esa conviccion que redobla el ardor del que la inspira.

—Adelante, niño....! el porvenir es tuyo!

Durante ese tiempo, ¿qué es lo que hacia Arturo? Continuaba diz que aprendiendo el griego y el latin, y acababa por no estudiar nada

en el colegio. La ceguedad de los Durantais, su debilidad, su estupidez, aumentábanse continuamente, y las licencias y las vacaciones se multiplicaban y se prolongaban indefinidamente para Arturo. En vez de entrar al colegio el domingo en la tarde, conseguia siempre permanecer en su casa el lúnes; una indisposicion cualquiera lo retenia casi siempre hasta el mártes; el miércoles veia nacer un nuevo pretesto; ¿para qué entrar el juéves si no habia gran necesidad? En consecuencia, para el señorito Arturo la semana escolar no constaba mas que de dos dias, los que empleaba en leer las novelas de Paul de Kock, y en referir sus calaveradas de fuera; calaveradas demasiado licenciosas para un adolescente. Los Durantais nada habian omitido para que su hijo fuese un hombre á los quince años, y estaban encantados de verlo corresponder á sus esperanzas. Seguros en adelante de que su esperiencia lo pondria al abrigo de las ilusiones de la juventud, dejábanlo en la mas absoluta libertad, y jamás rehusaban darle todo el dinero que exigian sus caprichos. Se permitia algun desahogo demasiado atrevido? la señora su madre murmuraba ha-

ciendo arrumacos una especie de reproche, que se parecia mucho á la aprobacion. El Sr. Durantais no sentia ni asomos de vergüenza al decir en voz alta:—Todo le es permitido, todo le es lícito.... es un millonario!

A este punto creo necesario abrir un paréntesis. Guárdense bien los lectores de suponer que esta historia es una ciega increpacion á los millones y á los que los poseen. Hay personas ricas que al mismo tiempo son hombres de espíritu recto y buenos padres de familia, se me dirá. Los hay, estoy de acuerdo en ello, y en gran número; sin embargo, los Durantais se hallan bien distantes de ser una escepcion. La fortuna impone grandes deberes al que la tiene á su disposicion, y sobre todo, grandes lecciones al que debe heredarla algun dia. En tanto que esos deberes no sean comprendidos; en tanto que esas lecciones no sean recibidas, el millonario no será mas que un sér fatal á todos y á sí mismo. En muchos casos le valdria mas haber nacido pobre, porque en vez de descender acaso se habria elevado!—Tal es la única moral que debe buscarse en esta imperfecta narracion, que por lo demas no tiene otra pretension que

la de ser una fotografía, sin correccion de ninguna especie.

Una tarde Arturo encontró á Bernardo, que salia del taller: Arturo salia no sé de dónde: estaba un poco descolorido.... pobre niño!... y volvia al colegio.

—Acompáñame! dijo, ó mas bien, ordenó á Bernardo.

Ambos hermanos veíanse raras veces, y no sentian, uno por el otro, menester es decirlo, una verdadera simpatía. En otro tiempo, en la aldea, Bernardo habia tenido la superioridad de la fuerza. Arturo le conservaba por ello cierto rencor, y mas tarde se habia alejado de él. En las vacaciones que pasaba en el castillo apenas se dignaba el jóven señor reconocer al rústico niño, á quien dirigia al paso un saludo protector. Bernardo á su vez, se sentia lastimado de esa afectacion de superioridad: acaso cada uno de ambos niños sospechaba instintivamente el secreto que existia entre ellos.

Mas tarde, en Paris, la tia Juana habia evitado hasta donde la habia sido posible, el llevar en su compañía á Bernardo siempre que iba á

la casa de los Durantais, porque cuando él estaba allí se sentia embarazada, tenia miedo. Por la vez primera, pues, hablaban Arturo y Bernardo solos y con libertad. Bernardo refirió sus trabajos, sus progresos y sus esperanzas.

—He ahí mi juventud, concluyó, y doy gracias á Dios porque hasta el presente se ha dignado bendecirme.

—Dios....! dijo Arturo con acento de burla y desdén; tú crees en eso....? De seguro que, como dice mi padre, la religion ha sido hecha para los pobres diablos! Sea como fuere, no quiero desilusionarte, querido! Hablemos de otra cosa....! Hablarémos de tabaco....? pero tú no fumas....! De los buenos vinos....? pero tú no bebes....! Hablarémos entonces de queridas....? El amor es como el sol; existe para todo el mundo!

A esa palabra *queridas*, Bernardo se ruborizó hasta las orejas; en cuanto á Arturo, no era capaz de ruborizarse por nada en esta materia: su dinero lo habia emancipado de toda clase de melindres. Hablando, pues, de aquel asunto, escandalizó profundamente á su compañero; la embriaguez ofuscaba mas y mas su cerebro;

los dos ó tres cigarros que se fumara durante el camino, comenzaban á trastornarlo singularmente, y en esa situacion tenia gran necesidad del apoyo del brazo de Bernardo.

—Desgraciado! pensaba éste; no cree, pues, en nada? no respeta, pues, nada.....?

Poco despues, Arturo insultó al pasar á una muger. Pobre Arturo.... ! apenas contaba diez y siete años! El hermano ó marido venia pocos pasos detras de ella, y quiso castigar al impertinente boquirubio. Bernardo defendió á Arturo, y lo salvó de un verdadero peligro. El susto—Arturo habia tenido miedo—acabó de estraviar sus sentidos. Quiso hacer alarde de su riqueza, y rompió un reverbero con la última pieza de cinco francos que le quedaba en el bolsillo. Cinco francos! Què diferencia con los de Santiago! Y sin embargo, tal vez era la misma moneda!

Despues de esta triste hazaña, ya no pudo Arturo hablar distintamente. Tartamudeaba, deliraba, tropezaba á cada paso. Su débil naturaleza era presa de la fiebre por aquel esceso precoz; su rostro, ordinariamsnte pálido, se habia puesto lívido; llegaba al último episodio de

la orgía de colegio: su vista causaba repugnancia, y acabó por entrar á la pension en un estado que no nos es posible describir.

—Oh, Dios mio! esclamó Bernardo luego que se vió solo y tranquilo en la calle, vigoroso y lleno de orgullo con sus pinceles en la mano; oh, Dios mio! En lo sucesivo no volveré á envidiar su suerte, porque ahora reconozco perfectamente que el mas favorecido de los dos, el mas dichoso, el mas rico, soy yo!

—Dirá la verdad? murmuró de pronto en la sombra una muger, que habia seguido de lejos á los dos adolescentes.

Esta muger era la tia Juana, que tan pronto como se alejó Bernardo, adelantóse lentamente hasta bajo el reverbero hecho pedazos por Arturo; buscó y encontró entre el barro la moneda de cinco francos, corrió á echarla en el cepillo de los pobres de la iglesia mas inmediata, y allí, cayendo de rodillas cerca de una columna, ofreció á Dios sus lágrimas á guisa de oracion.

VII.

Cuatro nuevos años han trascurrido; en este espacio de tiempo han muerto el señor y la señora Durantais, á cuya memoria, dígolo como lo siento, no consagraré ni una sola lágrima. Arturo es mayor de edad.... el vizconde Arturo, si no lo llevais á mal, pues de ese modo le llaman al presente. Posee el mas brillante palacio, los caballos mas hermosos, los cortesanos mas á la moda de todo Paris.... Te volverémos á encontrar mas tarde, vizconde; hasta la vista!

Me es mas grato volver á hablar del capitan Francisco, porque en la actualidad Francisco es capitan.—Santiago tambien progresa, y la tienda de porcelanas ha llegado á ser realmente un soberbio almacen.—Quiero hablar, sobre todo, de Bernardo, cuyo porvenir adelanta, adelanta siempre.

Una mañana, hace de esto tres años, Bernardo dijo á su hermano que lo cumplimentaba por un primer cuadro recientemente concluido:

– No, Santiago, no; el lienzo no será para mí nunca mas que objeto de estudios; mi ideal es el mármol, yo quiero ser escultor!

Santiago no respondió nada, pero se llevó la mano tras de la oreja como hacen los gatos á la aproximacion de la lluvia. Aquello lo hacia Santiago porque no existian academias gratuitas de escultura, ¿comprendeis? y porque presentia que un torrente de monedas iba á brotar de su bolsillo. Amaba, sin embargo, á su hermano, tenia fé en su porvenir, hubiera deseado ardientemente contribuir á él por su parte; pero qué quereis? habia mucho de Grandet en ese diablo de Santiago!

Con todo, el *porcelanista* dominaba al avaro.

Por inventar una nueva pasta, por poner en venta figuras nuevas, Santiago habria hecho locuras.... pero locuras que le hubieran producido cincuenta por ciento de utilidad. Hacia poco que se le habia encargado una vajilla completamente original: desde ese dia devanábase los sesos, recorria todos los talleres y fábricas sin lograr encontrar nada que le conviniese. Por obtener lo que deseaba, lo que se pintaba en su imaginacion, pero que desgraciadamente no podia esplicar ni ejecutar, habria dado hasta.... la vieja alfombra del boulevar Bonne-Nouvelle, que conservaba religiosamente en uno de los dobles fondos de su caja de fierro!

—Hermano —le dijo pocos dias despues Bernardo —ven á ver una obra de mi invencion.. está allá arriba en el granero ... hace una semana que trabajo en ella!

Oh prodigio! Oh milagro! es la vajilla soñada por Santiago.... pero mucho mas espléndida aún que la que él se forjara en sus mas atrevidos delirios!.... Son modelos de una originalidad, de un gusto, de una gracia indescriptibles; vasos maravillosos, copas má-

Me es mas grato volver á hablar del capitan Francisco, porque en la actualidad Francisco es capitan.—Santiago tambien progresa, y la tienda de porcelanas ha llegado á ser realmente un soberbio almacen.—Quiero hablar, sobre todo, de Bernardo, cuyo porvenir adelanta, adelanta siempre.

Una mañana, hace de esto tres años, Bernardo dijo á su hermano que lo cumplimentaba por un primer cuadro recientemente concluido:

– No, Santiago, no; el lienzo no será para mí nunca mas que objeto de estudios; mi ideal es el mármol, yo quiero ser escultor!

Santiago no respondió nada, pero se llevó la mano tras de la oreja como hacen los gatos á la aproximacion de la lluvia. Aquello lo hacia Santiago porque no existian academias gratuitas de escultura, ¿comprendeis? y porque presentia que un torrente de monedas iba á brotar de su bolsillo. Amaba, sin embargo, á su hermano, tenia fé en su porvenir, hubiera deseado ardientemente contribuir á él por su parte; pero qué quereis? habia mucho de Grandet en ese diablo de Santiago!

Con todo, el *porcelanista* dominaba al avaro.

Por inventar una nueva pasta, por poner en venta figuras nuevas, Santiago habria hecho locuras.... pero locuras que le hubieran producido cincuenta por ciento de utilidad. Hacia poco que se le habia encargado una vajilla completamente original: desde ese dia devanábase los sesos, recorria todos los talleres y fábricas sin lograr encontrar nada que le conviniese. Por obtener lo que deseaba, lo que se pintaba en su imaginacion, pero que desgraciadamente no podia esplicar ni ejecutar, habria dado hasta.... la vieja alfombra del boulevar Bonne-Nouvelle, que conservaba religiosamente en uno de los dobles fondos de su caja de fierro!

—Hermano —le dijo pocos dias despues Bernardo —ven á ver una obra de mi invencion. . está allá arriba en el granero ... hace una semana que trabajo en ella!

Oh prodigio! Oh milagro! es la vajilla soñada por Santiago.... pero mucho mas espléndida aún que la que él se forjara en sus mas atrevidos delirios!.... Son modelos de una originalidad, de un gusto, de una gracia indescriptibles; vasos maravillosos, copas má-

gicas, ornamentos, flores, animales, figuras .... que sé yo! .... Y qué ha sido necesario para realizar la ejecucion de esa obra maestra? .... Una poca de arcilla amasada por Bernardo; hélo ahí todo!

—Bernardo!—esclamó Santiago saltando á su cuello—Bernardo, serás escultor, un gran escultor! .... Yo pagaré cuanto sea necesario para ello!

Ah! Santiago, Santiago! .... Héte ahí como la tia Juana .... crees un talisman el oro!.... No, no por cierto! .... El amor de Santiago á sus escudos va á ser causa de que Bernardo alcance su objeto sin el menor ausilio del dinero.

Una hora mas tarde, Santiago hacia subir al granero á uno de los mas grandes maestros de la época .... su nombre solo lo dirá todo .... Pradier!

—Yo quiero este discípulo! .... dijo al punto el ilustre escultor.

Y como conocia á Santiago, añadió:

—Te pagaré, si es preciso, por tener á tu hermano .... Me lo llevo conmigo.

Esto era lo que esperaba maese Santiago, así es que echándola de generoso, le dijo:

—Lleváoslo por nada, ós lo cedo!

Desde aquel instante el porvenir de Bernardo quedó asegurado. Durante los años que siguieron, trabajó con un ardor, con una fuerza de voluntad, con una eflorescencia de talento que admiraron al mismo Pradier.... Todo el dia en el taller; por la noche en el famoso granero de su hermano.—Apenas veia á Santiago, apenas se tomaba el tiempo preciso para abrazar á la tia Juana. Por lo demas, la tia Juana y Santiago se ocupaban bien poco de Bernardo: cada uno tenia otra cosa bien distinta en que pensar. Santiago esplotaba su magnífica vajilla, inventaba un nuevo kaolin, soñaba con una fábrica. La tia Juana pasaba los dias y las noches á la cabecera de Arturo, gravemente enfermo hacia un mes.

Y podia ser de otra manera? En año y medio apenas, habia devorado las tres cuartas partes de la herencia paterna. Esto era muy capaz de causar una indigestion cuando menos, y la de Arturo fué terrible. Recuérdese que desde sus tiernos años, el lujo sin freno de la glotone-

ría infantil le habia sido funesto; el aire natal consiguió apenas dar alguna frescura á aquella naturaleza viciada ya. Mas tarde, los escesos prematuros de todo género habian ejercido sobre él sus irreparables estragos. A los diez y seis años, Arturo era ya un hombre; en la época de su mayoría era ya un jóven-viejo que ostentaba en su rostro, imberbe aún, las duras señales de la lasitud, del disgusto y del orgullo estéril. Entonces habia venido la herencia, inmensa, sin restriccion y sin censura: ¿qué freno habria podido contener á Arturo?

No habiendo fortalecido al niño ninguna creencia, ningun deber, ningun respeto, ninguna disciplina moral, tampoco podian servir de salvaguardia al hombre. Ay! no era culpa suya.... era culpa de su época, ó mas bien, de su fatal educacion .... Energía, talentos, virtudes, gérmenes felices que el trabajo habria desarrollado, todo habia sido destruido en él por la ociosidad, por la ausencia de toda especie de freno y de obstáculos. Su voluntad habia muerto aun antes de haber nacido; y aun cuando Arturo hubiera querido al presente detenerse, ya no le habria sido posible. Habíale

sucedido lo que á los amantes infieles de la balada alemana: hacia ya mucho tiempo que en la selva encantada en que se estraviara su juventud, habia vuelto á encontrar á las willis parisienses .... ¿Hay necesidad de llamarlas de otra manera? .... Ellas lo rodean mas y mas, lo toman de las manos, lo arrastran con una rapidez siempre creciente; y en tanto que todas las falsas vanidades, todos los mentidos placeres aplauden á su alrededor, comienza el baile mortal.—Y la pobre Juana está ahí, contemplando ese espectáculo!

Con un punzante dolor, con un espanto mudo, ve pasar y repasar ante sus ojos á Arturo, cada vez mas pálido, cada vez mas poseido de la fiebre. Cuando al fin llega á faltar el aliento á ese pecho exhausto; cuando esos ojos casi apagados se cierran; cuando las fuerzas abandonan á ese fantasma coronado de rosas y cae en tierra, una muger hiende repentinamente la multitud, y corre hácia él con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas. Esa muger no puede ser sino una madre que acude á salvar á su hijo: es la tia Juana.

Durante un mes entero permanece ahí, ve-

lando sin descanso, y sintiéndose desde entonces precipitada por esa pendiente vertiginosa del insomnio, que no es mas que una perpetua alucinacion. Veinte veces estuvo Arturo á punto de sucumbir; veinte veces, durante esas largas noches de angustia, no oyendo ya ni un soplo de aliento detras de las cortinas del agonizante, Juana creyó ver el lúgubre fantasma de la muerte adelantarse hácia el lecho; entonces, enderezándose súbitamente, gritaba, pero mirando aún detras de ella con espanto:

—Muerte!..... no me lo arrebates! .... Te lo diré á tí..... es mi hijo! ....

VIII.

Al través de esos oscuros limbos, pasaban por intervalos destellos de sol y alegres ruidos. Ya era una carta del comandante Francisco, que marchaba á la guerra de Oriente, y cuya carta hacia resonar como un concierto de instrumentos bélicos; ya era la risa jovial y franca de Santiago, que hacia chocar en sus bolsillos el oro ganado por medio del trabajo; ya, en fin, el alegre y poético canto de Bernardo, que se detenia á la mitad del camino del taller, y que puro y bello como Rafael subiendo al Vaticano, venia á abrazar á su pretendida madre.

Arturo, no obstante, se salvó, ó por lo menos el cielo le concedió una prórroga. Pero en lo sucesivo debia cambiar completamente de modo de vivir. No mas vino de Champagne; no mas placeres mundanos; sobre todo, no mas willis.... tal fué el rigoroso fallo de los médicos.

De pronto resignóse Arturo á todo, porque el miedo á la muerte lo hacia estremecer aún.

Dutante su larga convalecencia, dejóse guiar paso á paso en el buen camino por la tia Juana, que no volvió á separarse de él. Escepto la palabra, que no habia proferido aún, que no debia proferir jamas, Juana fué la madre de Arturo, su madre en todo y por todo, pues se trataba de su salud y de su vida.

Pareció que la Providencia quiso tambien ayudarla; porque en el camino sano y honrado que entonces seguia, ofrecióse á Arturo la feliz casualidad de encontrar una hermosa y dulce niña, que conmovió su alma al punto con un encanto hasta entonces desconocido. Aquel desdichado no negó ya el amor; pero le faltaba inspirarlo á Magdalena, y sobre todo, merecer el consentimiento de su padre.

Era Magdalena una de esas vírgenes blon-

das, de ojos azules, que no se encuentran mas que en los lienzos de Beato Angélico, el pintor idealista. Dios mismo, al querer colocar en el camino de Arturo el ángel del perdon, no le habria dado otras formas. Todo era en ella pureza y poesía; todo respiraba en ella ternura y caridad. Al principio pareció interesarse por el jóven convaleciente; estaba éste tan débil aún y tan pálido, que al verlo errar asido al brazo de la tia Juana por sobre las muertas hojas con que el Otoño sembraba entonces el suelo, hubiérase pensado al instante en el jóven enfermo de Millevoye! La simpática y casta sonrisa de Magdalena alentó, pues, las primeras esperanzas de Arturo; pero ¿podia llamarse esto amor? ¿no seria mas bien una sencilla compasion?

Al recobrar poco á poco las fuerzas, al ir perdiendo cada vez mas el temor á la muerte, Arturo recobraba toda su presuntuosa confianza.

—Será mi esposa, se dijo. ¿Cómo podria ser de otra manera ...? Soy tan rico!

No, pobre Arturo, no; ya no lo eres!.... esa ventaja, la única que poseías, es la mas frá-

gil y efímera de todas. Tus millones estaban ya regularmente menoscabados antes de tu enfermedad: durante el tiempo de ésta, el desórden de tus negocios ha acelerado notablemente tu ruina. Esta es hoy casi total; una palabra de tu notario bastará para manifestarte la realidad.

Y el padre de Magdalena es rico, muy rico! Aunque no sea un Durantais, aunque sepa estimar debidamente la inteligencia y el porvenir, es un hombre que no deja de exigir que su yerno tenga mas fortuna, sobre todo tratándose de Arturo, que no se recomienda por ningun otro mérito.

—Está bien! Seré millonario! dijo Arturo con una energía efímera y sombría, que hizo estremecer á Juana hasta la médula de los huesos. Por la primera vez despues de mucho tiempo, su hijo va á salir solo; ella lo sigue de léjos, y le vé subir una escalera monumental, entrar bajo un peristilo sostenido por columnas, y desaparecer al fin en una especie de templo á la vez antiguo y moderno. En efecto, el culto que allí se practica es de todos los tiempos; ese palacio es la Bolsa! .... Nombre sin

significacion para la tia Juana; pero que, no obstante, el instinto maternal se lo hace repetir con terror.

El primer período fué de dicha para Arturo; la suerte halaga siempre con algunos pérfidos favores al jugador novel. Arturo gana, pues, en un principio.... gana siempre; pero por esto mismo vuelve á su antigua vida con mas libertad. Al rededor de la Bolsa encuentra otra vez á todos los tentadores y tentadoras de su juventud. En vano la tia Juana arriesga algunas observaciones: ella no es la madre de Arturo! y aun cuando lo fuera, Arturo no habria escuchado á su madre....!

Entonces la existéncia de la infeliz campesina no fué ya mas que un eterno suplicio, una dolorosa y confusa lamentacion. Cada mañana, ó por mejor decir, cada medio dia, levantábase Arturo con gran trabajo, quebrantado como estaba cada dia mas por los escesos de la víspera. Necesitaba un esfuerzo desesperado, una sobre-escitacion casi loca para poder tenerse en pié, para vestirse, para sonreir. Cadáver viviente, salia en esos dias con una flor en el ojal: la Bolsa se apoderaba de él primeramente

y lo galvanizaba con su ardiente fiebre; en seguida, sea que las ganancías lo embriagasen, sea que las pérdidas hiciesen nacer en él la necesidad de aturdirse, entregábase ciego á las bacanales cotidianas que ya una vez lo habian conducido á la orilla de la tumba. Frecuentemente la orgía se prolongaba hasta el amanecer, y hasta el amanecer tambien esperaba en la puerta la tia Juana.

Y sin embargo, Arturo decia que amaba á Magdalena! y parecia estar en vísperas de obtener su mano! y la tia Juana le oia repetir incesantemente:

—Magdalena sola es el ángel bueno que puede hacerme vivir.... Si no obtengo su mano, me mataré!

Una noche que la disipacion retenia á Arturo en la Maison-Dorée, y que la tia Juana segun su costumbre lloraba y oraba en voz baja en el boulevar, vió que se detenia un carruage á pocos pasos de distancia; bajó primero un anciano, despues una jóven.... Magdalena!

Esta estendió el brazo hácia las iluminadas vidrieras, y dijo á su padre:

—Ociosidad.... disipacion!.... y solo por obediencia seré su esposa!

El anciano penetró en el edificio, y la jóven volvió á subir al carruage. Pocos momentos despues volvió á aparecer el anciano.

—Es verdad! dijo á su hija.

—Vamos ahora á ver al otro!—respondió ésta, y dijo algunas palabras al cochero, que partió al punto.

—A dónde van, pues, de ese modo? se dijo la tia Juana aterrada. ¿Quién es ese otro?

Impelida por un secreto presentimiento, que precipitaba su marcha, siguió al carruage. Los caballos se detuvieron á poco delante de la fábrica de Santiago.

Santiago tiene ya una fábrica; en esta fábrica existe un taller, y este taller es de Bernardo. A pesar de que son las dos de la mañana, las ventanas están iluminadas tambien, pero con una luz suave y pura. Como lo habia hecho delante de la Maison-Dorée, Magdalena estendió el brazo; pero esta vez dijo á su padre:

—Trabajo.... porvenir! ... y yo lo amo!

IX.

En la mañana siguiente presentóse la tia Juana en la fábrica de porcelanas. Escuchando apenas á Santiago, que la informaba de que Francisco acababa de ser nombrado coronel despues de la batalla de Inkerman, subió apresuradamente al taller de Bernardo.

Este daba el último golpe de cincel á una blanca estátua, sobre la que, artista celoso, se apresuró á echar un velo. Pero ya Juana habia reconocido á Magdalena.... A Magdalena tan graciosa, tan angelical, tan bella en el mármol como lo era en realidad!

Ningun trabajo costó á Juana obtener la confidencia de Bernardo: ¿por qué no habria de confesarlo todo á la que él creia su madre? Ademas, ¿no debia suponer que Magdalena le era desconocida? Confesó, pues, que su ardor en el trabajo, que su ambicion, que su genio, que todo, en fin, de un año á aquella parte, no era mas que obra del amor.

En el mismo instante en que Juana iba á su vez á abrir su pecho, presentóse en la puerta del taller Santiago seguido de Magdalena y de su padre, quienes habian ido á visitar el nuevo establecimiento. El anciano espresó su admiracion con un sincero entusiasmo, y cumplimentó al jóven escultor de una manera harto significativa.

Magdalena halló medio de acercarse á Bernardo, y le dijo muy bajito:

—Obtened el gran premio de Roma!

Ya era demasiado tarde para que la tia Juana hablase.

—Oh, Dios mio! gimió de lo mas recóndito de sus entrañas maternales. Si mi Arturo sabe la verdad, todo se ha perdido!

Pobre Juana! que transcurran unos cuantos meses, y Arturo no ignorará ya nada!....

Aquel fué un dia terrible para la tia Juana! Precisamente Arturo habia perdido.... lo habia perdido casi todo! La enfermedad que lo minaba sordamente llegaba á su paroxismo.

La pérdida de Magdalena era la última estrella de su cielo que caía; era su suprema esperanza desvanecida para siempre!

—Oh! esclamó con un acento de desesperacion feroz; el dia que sea su esposa me mato!

—Arturo! gritó la tia Juana, y arrojándose á sus piés, y abrazando sus rodillas, le reveló al fin su secreto.

—No me digais eso! interrumpió como un loco el jóven; no me digais eso, señora, porque os maldeciré! Si me hubiérais dejado en la cuna del pobre, habria yo tenido la energía del trabajo, el estímulo de la pobreza, la ambicion del porvenir.... hoy seria dichoso.... seria el hombre amado por Magdalena.

X.

DESDE aquel dia evitaba Arturo con una especie de horror la presencia de la que sabia que era su madre. Este fué, este debia ser el castigo de la tia Juana! De lejos, casi oculta, asistia á la agonía física y moral de su hijo, cuya ruina acababa de consumarse, cuya existencia no era ya mas que una delirante orgía.

Evidentemente la muerte rondaba en torno de la casa, y como para darle la señal de que franquease sus umbrales, Arturo tenia prontas y á la mano dos pistolas. Juana las habia

y se habia dicho con una resolucion som·

—No me meveré de aquí; debo velar por sus dias; respondo de él á Dios!

Sin embargo, llegó un dia en que Juana se vió obligada á salir. Era la gran fiesta de la Esposicion universal. Santiago, el ex-pilluelo que vendia tiestos de porcelana en el bulevar; Santiago el del puesto ambulante; Santiago el mercader; Santiago el fabricante; el señor Santiago, en fin, acababa de obtener la medalla de oro de primera clase ... el caballero Santiago habia sido condecorado!

Fué inevitable que la mamá asistiese con trage de seda y hermoso gorro con lazos de liston! Cuando vió á su hijo segundo atravesar triunfalmente la inmensa esplanada; cuando oyó resonar su nombre saludado por los aplausos de la Europa entera; cuando una voz que dominaba á todas las voces proclamó que aquel era un simple artesano mas, *elevado* por la constancia y el trabajo, oh! la tia Juana olvidó por un instante todos sus dolores, y se sintió orgullosa.

Mas hé aquí que la conducen de nuevo, siem-

pre vestida de gala, siempre en medio de una inmensa muchedumbre y de un inmenso ruido.

Se encuentra en un balcon empavesado de banderas y gallardetes.--- en el balcon de la fábrica de Santiago, que cae á los bulevares por donde van á desfilar falanges heróicas: es el regreso del ejército de Oriente.

Oh! todos os acordais de aquella sublime fiesta nacional, no es cierto? No hay una mano que no aplauda, ni un corazon que no lata con fuerza, ni un ojo que no esté humedecido, ni una voz que no grite: ¡bravo! á esos gloriosos hijos de la patria, que vuelven de tan lejos, que han combatido tanto, que tanto han sufrido, y que resplandecen hoy con tanto orgullo bajo la aureola de la victoria!

Pero á quién se ve allí abajo, sobre aquel fogoso corcel, agobiado bajo una avalanche de coronas....? Quién es aquel brillante oficial superior, cuyo brazo descansa aún en un cabestrillo, y que con un aire tan soberbiamente afable sonríe al asalto de los pilluelos entusiastas, que se encaraman sobre el caballo que monta para poder colgar de su sable una corona mas?

¡Por mi fé que es el general Francisco!

¡Todavía uno mas que acaba de elevarse hasta el apogeo, por sí mismo y sin el auxilio del dinero!

¡Oh! Juana.... Juana!.... Sin el fatal pensamiento de la Noche del diablo; sin el remordimiento que á pesar de todo te asedia con sus terrores, ¡cuán gloriosamente feliz serias hoy entre tus dos hijos triunfantes, entre el gran industrial y el general valiente, que bien lejos de avergonzarse de la muger que les dió el sér, condúcenla llenos de orgullo ante los ojos de todos, como el mas hermoso trofeo de su fortuna y de su gloria!

¡Y luego, nueva sorpresa!.... En la fábrica vuelven á encontrar al jóven Bernardo que acaba de obtener el gran premio de Roma....

Está radiante de ventura á los piés de Magdalena.... tiene la mano de ésta entre las suyas.... ¡aquel dia es el dia de su matrimonio!

A semejante vista, la tia Juana se acuerda repentinamente de Arturo, que debe ya saberlo todo, y que sin duda va á poner en ejecucion su terrible amenaza!

Lánzase fuera de la fábrica, jadeante, desati-

nada.... llega corriendo al palacio Duran, atraviesa sin detenerse algunos salones que están despojando de sus muebles los enviados de la justicia.... y llega á la puerta de la habitacion de Arturo.

—Cerrada!.... Dios mio, cerrada!

Llama fuertemente, como una loca.... suena un pistoletazo.... todo ha concluido!....

La tia Juana lanza un grito desgarrador, y.....
